

# Ciudad, memoria, miedos y deseos

José Manuel Valenzuela Arce<sup>1</sup>

Memoria, reconocimiento y representaciones colectivas son ejes reflexivos que identifican a las ciudades como construcciones sociales. Hace ya varias décadas, el sociólogo francés Henri Lefebvre (1991) destacó el papel de los actores sociales en la construcción social de las ciudades. También se avanzó en la definición de los rostros y entramados urbanos, así como en la definición de sentidos y gramáticas, y la inteligibilidad de las ciudades. Las ciudades se encuentran inmersas en un conjunto de procesos estructurados y estructurantes que expresan la desigualdad social, sus conflictos, intereses, actores, contradicciones. En este texto enfatizamos la dimensión sociocultural de las ciudades y las disputas por sus sentidos y significados.

La ciudad expresa las desigualdades sociales en la medida que es producto y productora de esas desigualdades, por lo que Simone de Beauvoir afirmaba en *El segundo sexo* que basta con transitar por las calles para darnos cuenta de que hay dos mundos circulando por ellas, el de los hombres y el de las mujeres, y que estos mundos se diferencian por sus formas de actuar, sus gestualidades y sus formas de mirar. Las ciudades son producto, productoras y reproductoras de desigualdades, lo que se evidencia en la contrastación visible de pobreza y riqueza como marcas objetivadas de las adscripciones de clase, en la discriminación

<sup>1</sup> Doctor en ciencias sociales con especialidad en sociología por El Colegio de México; profesor-investigador del Departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte; miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel III) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

contra los grupos indígenas en contextos urbanos, en la forma que hombres y mujeres habitan los espacios públicos, en el papel y las rutinas diferenciadas de jóvenes y adultos. La ciudad expresa un conjunto de elementos de diferenciación, distinción y exclusión, pero también de interacción, solidaridad y afectos que participan en la definición de su inteligibilidad. Las ciudades se viven en distintas dimensiones de presentes que prefiguran horizontes de futuro y por recuerdos y memorias actualizadas que las significan.

El *recuerdo* refiere a la remembranza de eventos pasados, a la actualidad producida desde fenómenos que ocurrieron y situaciones que marcaron nuestras vidas, mientras que la *memoria* alude a la recreación y construcción colectiva de esos recuerdos. Hablar de la memoria implica un proceso colectivo de significación del pasado y de eventos que nos marcan, nos unifican, y participan como referentes de nuestras identidades.

El crecimiento de las ciudades fronterizas escapa a las principales teorizaciones urbanas. Las ciudades que crecieron a partir de la demarcación fronteriza impuesta con el tratado de Guadalupe-Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848, vivieron un proceso de poblamiento que poco se parece al de las ciudades no fronterizas de México, pues su crecimiento se inició desde la línea fronteriza, y se expandieron influidas por la colindancia con *el otro lado*.

Pensar la vida de frontera obliga a desbrozar caminos pavimentados de metáforas y ubicar elementos que permitan interpretar la condición fronteriza. Resulta interesante pensar las ciudades de frontera desde el concepto de *zona de contacto* de Mary Louise Pratt (1997), que evidencia la articulación, el diálogo y la interacción entre procesos que implican a sociedades distintas con poderes diferentes, con capacidades sociales distintas y con conformaciones culturales diferenciadas.

Necesitamos pensar las ciudades fronterizas desde una *condición conjuntiva*. La frontera unió procesos, relaciones y cosas que

estaban separadas; la dimensión conjuntiva marca y sigue definiendo muchos de los procesos que se dan en la vida fronteriza y transfronteriza. La articulación de elementos que estaban separados como un rasgo característico de la vida de frontera indica una *condición disyuntiva* en el sentido de que la frontera también separó cosas y procesos que estaban unidos, como ocurrió en los pueblos indios que la habitaron. En el tratado de Guadalupe-Hidalgo firmado por México y Estados Unidos se establece la obligación de perseguir a los indios en cualquiera de los dos países cuando se les impute un delito y castigarlos con la misma severidad, independientemente del lugar donde se hubiera cometido. La separación dolorosa de los pueblos forma parte de la *condición disyuntiva*. Las fronteras implican ámbitos conectivos que van más allá de la condición transfronteriza. Un asunto importante que se observa en ese mundo de frontera es la proliferación de elementos compartidos entre ambos países. La frontera norte de México registró, en el 2013, 40 millones de cruces peatonales de sur a norte y norte a sur, y otros 15 millones de turistas mexicanos y 66 millones de carros que transportaban a una persona o más la cruzaron también en ambas direcciones. En Tijuana se registran más de 110 mil cruces diarios, lo cual implica un conjunto de procesos que incluyen entramados socio-afectivos de orden amistoso, comunitario, familiar, comercial, económico, así como múltiples transacciones que rompen con la idea de que la frontera sólo conlleva conflicto. Esta *condición conectiva* transfronteriza nos ayuda a pensar la multiplicidad de vínculos que definen la vida cotidiana en las fronteras. Hasta ahora incorporamos las condiciones *conjuntiva*, *disyuntiva* y *conectiva*, pero también debemos incorporar la *condición inyuntiva*, pues no todas las relaciones y procesos refieren a vínculos horizontales. La frontera también se determina desde la posición de control y poder.

Desde principios de los años noventa del siglo xx, la frontera fue considerada un asunto de seguridad nacional. Esto no inició el 11 de septiembre de 2001, con el ataque a las torres gemelas; comenzó con la caída del muro de Berlín, a finales de los años ochenta (Valenzuela, 1998). El fin de la guerra fría propició una redefinición en la perspectiva hegemónica estadounidense que se acentuó el 11 de septiembre y condujo a la nueva realidad que permanece hasta ahora, y que más allá de los procesos conjuntivos, disyuntivos y conectivos señalados se presenta como un eje rector de la seguridad nacional y hace más visibles algunas heridas, como ocurre con la migración, donde se ha incrementado la vulnerabilidad de los migrantes nacionales y centroamericanos.

Desde la instalación del nuevo muro fronterizo con la Operación Guardián, en 1994, han muerto más de diez mil personas en el intento de cruzar por la frontera mexicana a Estados Unidos. A esto le podemos añadir la equivocada posición del gobierno mexicano de asumir como propia la política migratoria y de seguridad estadounidense, con lo que México se volvió un país fronterizo, lo que ha implicado la muerte de miles de migrantes centroamericanos. En toda la historia del muro de Berlín murieron entre doscientas y 640 personas, lo que contrasta con las más de diez mil personas de la frontera mexicana, lo que constituye un escenario doliente que nos convoca e interpela como académicos, como personas y como participantes en nuestras ciudades.

Las fronteras son *generativas*, ámbitos muy fértiles que generan múltiples procesos que no se encuentran en otros lados; la propia condición fronteriza es un insumo central de esta fertilidad. Durante esos *procesos generativos*, las fronteras contienen un ámbito prefigurativo, en el sentido que conforman procesos que se recrean en otros lugares. Esta idea puede ejemplificarse con la industria maquiladora de exportación. En 1965, cuando inició el programa de industrialización fronteriza, que transformó el con-

texto laboral y urbano de las ciudades fronterizas mexicanas, se pensaba que la maquila era un asunto exclusivamente fronterizo; ahora sabemos que no es así, que la maquila sólo ha sido la punta de lanza de un nuevo proceso mucho más amplio y profundo de flexibilidad laboral que se ha expandido a todo México, a Chile y Colombia, a Asia y muchos otros países. Podemos afirmar que la maquila es un elemento temprano de los procesos de flexibilización laboral impulsado por el capitalismo neoliberal.

Los temas culturales de consumo fronterizo no son sólo temas fronterizos cuando Costco, Walmart y muchas otras empresas igualan los consumos de las clases medias y altas. El mismo desanclaje de los ámbitos fronterizos lo encontramos en los procesos que iniciaron como ámbitos culturales fronterizos con la emergencia del *pachuco* a finales de los años treinta como el primer gran fenómeno juvenil transfronterizo, cuyo legado fue recuperado por los cholos y después por la Mara Salvatrucha y el Barrio XVIII, y los Latino Kings, las Latino Queens y Los Ñetas, agrupamientos de jóvenes ecuatorianos radicados en España que abrevan en la misma matriz cultural del barrio que empezó en estos ámbitos fronterizos.

Si pensamos en los elementos que redefinen la perspectiva sobre las ciudades desde los mundos fronterizos, lo primero que debemos considerar es la dimensión histórica, que tiene un papel central como anclaje y referente interpretativo en la conformación de la memoria social transfronteriza.

El segundo elemento es su intenso crecimiento social articulado a la condición de frontera. Baste decir que de los años treinta a los cincuenta Ciudad Juárez o Tijuana tenían tasas de crecimiento sumamente altas, sobre todo por migración; las ciudades fronterizas crecieron enriquecidas con pedacitos de patria que llegaban de todos los rincones de México.

El tercer elemento es la precarización urbana, vinculada a los intensos procesos migratorios a partir de los cuales crecieron las ciudades fronterizas, propiciando altos niveles de precarización urbana. El primer plan urbano de Tijuana, por ejemplo, es de 1976, y 40% del área urbana de Tijuana era irregular en 1980. Ciudad Juárez tiene un crecimiento parecido, con un crecimiento muy fuerte de áreas urbanas irregulares.

El cuarto elemento para comprender la condición peculiar del crecimiento de las ciudades fronterizas son los marcos prohibicionistas establecidos en Estados Unidos. En 1914, con la Ley Harrison, inició la prohibición de heroína y morfina, productos derivados de la amapola y generados por empresas farmacéuticas como Bayer, que las fabricaba y distribuía. El trasiego se volvió importante porque del lado mexicano no era ilegal producir o distribuir. En 1919-1933, la Ley Volstead, como se conoce a la enmienda 18 a la Constitución estadounidense, generó el traslado a México de destilerías, cervecerías, casas de juego, prostíbulos, casinos y todo un conjunto de elementos que redefinieron el rostro de ciudades fronterizas atrapadas en las dimensiones frívolas, lúdicas y glamorosas. La presencia hollywoodense del lado mexicano, la frontera como folclor con figuras como Johnny Weissmüller, los hermanos Marx, Charles Chaplin, Margarita Cansino —que bailaba en el Foreign Club de Tijuana y luego se transformó en Rita Hayworth—, Rodolfo Valentino —que se casó en Mexicali mientras filmaba la película *The Sheik*—, y la dimensión sórdida mediante la cual creció un mundo de prostitución, alcohol y “vicio”, implicó, además del enriquecimiento industrial, político y contrabandista, un proceso muy importante de precarización en la vida de muchas mujeres.

El quinto aspecto, que ya señalé de manera breve, es la maquila y los importantes procesos de precarización laboral que se acentuaron en las ciudades fronterizas y redefinieron los rostros de las

ciudades. También empezamos a ver procesos muy interesantes que se habían iniciado con *las pachucas* de finales de los años treinta, que rompieron el rol tradicional de la mujer y asumieron posiciones protagónicas en la calle y el barrio. Muchas mujeres de las maquilas tomaron y redefinieron espacios públicos, y su presencia generó elementos de animadversión que incluían etiquetas construidas desde el orden patriarcal y la condición misógina, que las consideraban *maquilarañas* o *maquilocas*, colocándolas en ámbitos de prostitución, lo que no se corresponde con lo que estaba ocurriendo en la vida de estas mujeres.

Narcotráfico y contrabando son condiciones inherentes a las fronteras, pero en los últimos años han adquirido una insoslayable presencia a través de la llamada guerra contra el crimen organizado, que sitia los espacios de libertad de la población civil. Las drogas siguen llegando sin ningún problema a todos los lugares de Estados Unidos, pero han enrarecido los ámbitos fronterizos con un *cruising* de muerte, con una violencia protagonizada por figuras proscritas del llamado crimen organizado y por muchas de las figuras del mundo institucionalizado.

Los procesos de frontera incluyen a familias transfronterizas y nuevos participantes que emergieron en los mundos juveniles y se enrolaron en la lucha por los sentidos, los significados, las gramáticas, la habitabilidad y la inteligibilidad de las ciudades. Muchos jóvenes excluidos por el diseño de nuestras ciudades recurren a distintos mecanismos de intervención urbana a través de los cuales redefinen los rostros de las ciudades, pero también disputan las gramáticas inscritas en las paredes de las ciudades a través de placazos, murales y grafiti.

La disputa por los sentidos de las ciudades se inscribe en la lucha por transformar las desiguales relaciones sociales que contienen. La lucha por la inclusión en los espacios significa luchar contra la desigualdad social, la privatización de las ciudades y las

concepciones hegemónicas que definen los espacios concebidos. También implica romper la hegemonía en la representación urbana, lo que lleva a cuestionar la legitimidad de los poderes que se la apropian y a visibilizar las ciudades invisibles construidas con sueños, miedos y deseos.

## TIJUANAS INVISIBLES: DE SUEÑOS, MIEDOS Y DESEOS<sup>2</sup>

Italo Calvino advertía sobre la condición ajena e irreconocible de las ciudades invisibles; ciudades inventadas, imaginadas, feminizadas. Ciudades de memoria, deseos, trueque, ojos, nombres, muertos y cielos. Las ciudades invisibles son relatos, búsquedas interminables, “sueños que nacen del corazón”; trueque de mercancías, palabras, deseos y recuerdos. Calvino imagina “las ciudades invisibles” como referentes o puntos de partida para reflexionar sobre cualquier ciudad, provocación imposible de resistir al pensar las proxemias, narrativas, miedos y deseos que definen a Tijuana y las ciudades invisibles que la forman. Las ciudades nos habitan, activan resortes memorísticos, confrontan representaciones, invitan a reorganizarlas, a imaginarlas de otra manera, como en los relatos del viajero Marco Polo a Kublai Jan. Marco Polo advierte que las ciudades invisibles no son ciudades reconocibles, pero la memoria teje anclajes para transportarnos a nuestras ciudades vividas y recordadas, reconocernos en sus itinerarios e imaginar tramas y entramados distintos a los sitios que habitamos.

Las ciudades invisibles construyen atisbos de posibilidad para las ciudades imposibles narradas por el mercader veneciano y ayudan a encontrar opciones contra el desencanto. Invitan a repensar los sitios que habitamos y nos habitan, a conocer sus

<sup>2</sup> Este apartado forma parte del libro *Tijuana invisible: de sueños, miedos y deseos*, Tijuana, México, El Colegio de la Frontera Norte, 2012.



sentidos, sus gramáticas abiertas, a participar en la lucha por sus significados. También ayudan a reflexionar sobre el tipo de ciudades que queremos vivir. Por ello, Calvino reflexiona: “Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana y las ciudades invisibles son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles”.

Algunos elementos inscritos en las ciudades invisibles permiten confrontar el extravío, reforzar los anclajes geoantrópicos y los territorios de la memoria, rearmar deseos, signos, sentidos y relaciones sociales expresadas en trueques de infinitas connotaciones. También ayudan a conocer las ciudades escondidas, sus discontinuidades, sus cielos, sus ojos, sus nombres y sus muertos.

Tijuana se encuentra en el rincón noroccidental mexicano. Un muro metálico la separa de San Diego. Es una poderosa malla ciclónica que el gobierno estadounidense regresó tras la invasión del golfo Pérsico, donde sirvió como plataforma para el aterrizaje de aviones que atacaban a Irak. La malla se introduce en aguas del Pacífico, como voluntad obcecada conformada con símbolos de guerra. Con la malla, la zona simula un campo de batalla; un muro más poderoso y atrincherado que el levantado para dividir Alemania; un muro que crece, se reproduce, se duplica y triplica ampliando los escenarios de vulnerabilidad, riesgo y muerte de migrantes que cruzan la frontera. La placa especular nos obliga a mirarnos en el muro, posicionarnos en ámbitos inciertos que podrían estar en cualquier lado. El muro invisibiliza las ciudades, pero el espejo nos sitúa en sus centros. Condición autorreferida que motiva la reflexión sobre personas y procesos que definen la construcción de sus espacios. Tijuana rebasa los límites geográficos para rearmarse en la experiencia y la memoria. Los reflejos fronterizos son distorsionados. Nos invitan a reimaginar la ciudad, redefinir sus contornos sin olvidar el marco rugoso y

agresivo de la otra frontera, la real, la que genera miles de muertos, la de anhelos divididos y esperanzas yertas.

Valeska Soares colocó dos espejos metálicos adheridos al muro fronterizo en el bordo, en la zona de Borderfield State Park y Playas de Tijuana, junto al mojón que señala la demarcación fronteriza emanada del tratado de Guadalupe-Hidalgo. El propósito de la artista brasileña fue crear una ilusión de apertura, eludir la frontera. La placa contiene un texto alusivo a la interrelación de Tijuana y San Diego; una relación cercana, íntima, especular. Imago de alteridad amplificado como marca distintiva y definitoria de la vida fronteriza. El espejo atenúa la agresividad de la malla y sugiere otras fronteras al trastocar el cotidiano paisaje fronterizo.

En Valdrada existen ciudades gemelas que no son iguales, porque nada de lo que ahí ocurre es simétrico; en la frontera se pueden observar simultáneamente dos ciudades con diferentes culturas. Las ciudades confrontan su propio reflejo y el reflejo del otro lado, pues poseen una condición asimétrica y heterogénea. Como en Valdrada, Tijuana y San Diego “viven una para la otra, mirándose constantemente a los ojos, pero no se aman”.

Tijuana y San Diego aluden a una condición de vecindad indisoluble, con vínculos intensos que han marcado procesos económicos, sociales y culturales de ambos lados, pero no se aman. Existen muchas razones para el desamor. En ellas vive gente que coloca espejos buscando romper la linealidad especular o diversificar la relación entre ángulo, mirada y reflejo. Algunos voltearon los espejos de Valdrada para alimentar odios. Al grito de “*light up the border*” lanzaron luces contra los migrantes latinoamericanos que viajaban buscando mejores opciones de vida; otros recuperaron los espejos de Valdrada para reflejar la luz, regresarla, generar una visión diferente. Como Valdrada, las ciudades invisibles permiten recuperar ciudades imaginarias, jugar en sus espacios inaprensibles, especular sobre cuántas de ellas caben en Tijuana

y los ámbitos potenciales que contiene, o, tal vez, repensar las relaciones humanas, como en la serie “Entre la necesidad y el escarnio”, del artista Roberto Rosique, obra plástica que presenta imaginarios estadounidenses participando como contenedores de los peligrosos *aliens*, nombre que convierte a los migrantes en extraterrestres, les expropia su condición humana, los vuelve invasores, alimenta miedos y certezas construidas desde prejuicios, estereotipos, estigmas, xenofobia y racismo.

Tijuana contiene ciudades animadas por fuerzas varias. Integra múltiples espacios que la forman. Tijuana contiene a Diomira. En algunos lugares tijuanenses, las mujeres llaman a sus clientes desde terrazas, calles y burdeles. Muchos hombres caminan tras ellas, perdiéndose entre pasillos y laberintos, buscando repetir una felicidad recordada que nunca existió. Ahí reinventan una noche de felicidad. En correspondencia, las mujeres simulan el placer más intenso. Hombres y mujeres construyen una efímera complicidad que deberá refrendarse en un próximo encuentro. No importa que las parejas cambien, ellos retomarán la historia como si se tratara de una cita inolvidable de amantes ansiosos e imaginarán lo felices que fueron en su último encuentro, un encuentro pleno, feliz e inexistente.

Ciudad de múltiples desplazamientos humanos, Tijuana creció de manera vertiginosa por la inmigración de personas de muchas partes del país que llegaron buscando la realización de un sueño o, tal vez, respondiendo a su única posibilidad de lograr una vida mejor. Tijuana-Isidora es la ciudad de sueños y deseos de los caminantes. Ciudad trizada pero recreada con los muchos que llegan, especialmente jóvenes que arriban para quedarse o cruzar la frontera. De Tijuana, algunos regresan marcados, tatuados, como si alambres de púas se incrustaran en sueños y corazones. Las fronteras son desiderata de migrantes, sitio de sueños nunca

alcanzados, de deseos desplazados. También son inicio de experiencias, fracasos, logros y nuevos sueños.

En Tijuana los sueños se confrontan y, con frecuencia, caen estrepitosamente. En ocasiones, los sueños yacen junto a cuerpos ateridos de quienes fracasan en el intento de transponer el límite. Hace años que Isidora vive en la frontera, ayuda a los migrantes, labora en la maquila, recorre las zonas rojas. En Tijuana-Isidora, muchos deseos se convierten en recuerdos. Sentados en sus muretes, los tijuanenses ven pasar la juventud. Al llegar a la frontera, muchos recuperan la memoria y redefinen sus lealtades descubriendo nuevos puentes humanos. Como en *La raya del olvido* de Carlos Fuentes, la frontera es sitio de reencuentro, espacio que convoca, que confronta memoria e identidad.

Las ciudades son construcciones socioculturales, sus gramáticas expresan la experiencia de sus habitantes, sus relaciones sociales, sus rasgos culturales. Las ciudades escriben su historia y la impregnan con recuerdos, la fijan en su arquitectura, en sus espacios, en sus relaciones cotidianas. El pasado es un presente en disputa, como en “Zaira, la ciudad de los altos bastiones”, construida en relación con el pasado y formada de relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos idos; por ello exhibe conflictos y problemas urbanos. Tijuana-Zaira recrea escenarios de conflicto originados por representaciones y episodios en disputa, como la ocupación magonista de 1911, o la leyenda negra fortalecida con la ley seca que duró de 1919 a 1933, eventos-tributo exigidos por Zaira, ciudad que contiene al pasado como las líneas de una mano.

Tijuana-Leonia se rehace entre desperdicios. Ciudad de desechos y basura, las sociedades de consumo amplían implacables los límites de Leonia, pero también la acotan, la amenazan, la sitian. Posiblemente llegue un momento en que las ciudades tengan que desaparecer para que la basura disponga del sitio santuario que

merece. Por muchos años, Tijuana-Leonia anidó en el lecho del río Tijuana, hasta que los colonos pobres lo limpiaron y construyeron casas precarias, pero desataron la ambición, y los intereses mezquinos actuaron abriendo las compuertas de la presa para que el agua amontonada destruyera las casas. Varias personas murieron arrastradas por la corriente desbordada, castigadas por desnudar los poderes ocultos bajo la basura de Tijuana-Leonia. En Tijuana, pasado y presente nos confrontan, pues las ciudades se impregnan de emociones, tristezas y alegrías. Al transitar por la Zona Río, los noctámbulos tijuanenses escuchan ruidos agolpados de aguas turbulentas mezcladas con lastimeros gritos humanos que lanzan estridentes ayes dolorosos. Son recuerdos de gente inocente arteramente asesinada con la apertura de las puertas de la presa la madrugada del 30 de enero de 1980.

Como Zora, ciudad indeleble e inolvidable que permanece en el recuerdo, Tijuana genera emociones intensas que se incrustan en la memoria de sus visitantes, marca indeleble de la diosa Mnemósine. Las ciudades, como las personas, requieren memoria y olvido. En ocasiones, el Funes borgiano, cuya memoria prodigiosa todo recordaba, resulta insoportable; el olvido es necesario, imprescindible, pues la espiral de tragedia no puede acumularse *ad infinitum* ni la felicidad puede hacerlo, pues su extremo incontinente deviene delirio, locura, extravío. Las proscripciones y recuperaciones selectivas de la memoria vuelven habitables las ciudades, permiten vivirlas, reconocerlas, recordarlas. El desafío es encontrar sabiduría para determinar lo que vale la pena recordar y lo que debe olvidarse, condición nunca resuelta debido a la herencia de Zora, que tiende trampas insospechadas y muchas veces obliga a recordar lo que pretendemos olvidar o proscribir. Zora produce incansables reciclajes de olvido mediante trucos y jitanjáforas conformadas con insospechadas y arteras rebabas de memoria.

Ni las ciudades ni el recuerdo son inamovibles, tampoco la relación entre ciudades y memoria. La memoria fija imágenes y las considera inalterables, inamovibles; no obstante, de forma clara o imperceptible, las imágenes se transforman, se decoloran, envejecen como copias fotostáticas expuestas al sol, escapan del original y de ellas mismas; por ello, la gente se confunde cuando intenta reconocer la ciudad original. La ciudad y la memoria se distancian, pero imaginarios y representaciones recrean su recuerdo. En ocasiones las imágenes se abruma, se queman, desaparecen, como si al destruir la imagen desapareciera la realidad-imago de la ciudad vivida. Imágenes y recuerdos transforman las ciudades, y nadie, ni los más sabios, puede contenerlas o aprisionarlas en la memoria. Las cartografías memorísticas escapan de la ciudad original y, en ocasiones, el distanciamiento las vuelve irreconocibles, irreconciliables. Jorge Luis Borges ilustró la estéril y altanera pretensión de elaborar un mapa idéntico a la ciudad o al territorio. Tampoco se salva el afán inalcanzable de recordarla completa. Resultan sospechosos y poco confiables quienes dicen tener la historia completa y verdadera de los pueblos, o que reconocen la totalidad de cronotopos que las componen. Ocasionalmente, en metrópolis globales, los vientos otoñales arrastran fragmentos de mapas idénticos a esas ciudades; como el mítico mapa borgiano, fragmentado y desteñido, que da cuenta visible de su inútil soberbia. Las ciudades son relaciones sociales y sus representaciones se conforman en la intersubjetividad. Las ciudades son cambiantes; si permanecieran inmóviles e iguales a sí mismas estarían condenadas a la muerte y al olvido, como Zora, ciudad olvidada por la tierra. Ninguna ciudad puede ser apresada para comprenderla ni es reductible a metáforas o alegorías, pues ninguna cabe en definiciones construidas de una vez y para siempre.

Existen muchas maneras de conocer a Tijuana. Según las formas, los lugares y los sentidos en que se transite. Como en Do-

rotea, donde las muchachas casaderas de cada barrio se casan con jóvenes de otros barrios, en Tijuana podemos descubrir e inventar las muchas e inabarcables ciudades que contiene y los barrios que se juntan. Tijuana es ciudad de contrastes y desigualdades. Su topografía accidentada, sus múltiples cerros y su deficiente sistema pluvial poco se asemejan a los riegos anastasianos, pero Tijuana, como Anastasia, dispone de cometas y de un mar que la baña. Cuenta Marco Polo que ahí las mujeres se bañaban en el estanque de un jardín, invitando a los viajeros a desnudarse y seguirlas. Algo parecido ocurre en algunos sitios de Tijuana, donde “los deseos se despiertan todos juntos”; algunas mujeres invitan a los hombres a seguirlas y desnudarse atravesando reflejos coloridos que emanan de letreros luminosos que anuncian la oferta disponible de placer; por eso, en la Anastasia tijuanaense “tu afán que da forma al deseo toma el deseo de su forma y crees que gozas de toda Anastasia cuando sólo eres su esclavo”.

Las experiencias del viaje participan en las percepciones sobre los lugares que transitamos. Tijuana encierra múltiples experiencias que la conforman. Si Despina es diferente, dependiendo del medio de transporte en que se llega, Tijuana cambia dependiendo de avatares y experiencias de quienes la habitan. Existen varias Tijuanas delineadas por las condiciones económicas de su gente. La ciudad de ricos y pobres es diferente, aunque sea la misma. En Tijuana existen modelos de ciudad que no coinciden con la imagen proyectada. Entre ellos se encuentran opciones de las Tijuanas que pudieron haber sido, pero también contiene las potenciales. Esta condición la asemeja a “Fedora, metrópoli de piedra gris”, que tiene varias esferas donde se encuentran modelos de otras Fedoras posibles y “los habitantes escogen la ciudad que corresponde a sus deseos”. En Tijuana existen lugares y proyectos que prefiguran ciudades posibles; utópicas y armoniosas o violentas y distópicas donde anida el huevo de la serpiente.

El narcotráfico, la llamada guerra contra el crimen y el miedo son elementos presentes en nuestras ciudades y han transformado los perfiles y las formas de vivirlas. Muchas ciudades han quedado atrapadas en imaginarios de miedo y violencia. Tijuana, Ciudad Juárez y otras ciudades fronterizas arrastran el estereotipo de ciudades de vicio y perdición. La leyenda negra emanó de la colindancia con Estados Unidos y su oferta de servicios lúdico/sexuales para estadounidenses prófugos de las disposiciones moralistas de la ley seca. Como muchas ciudades, Tijuana se convirtió en ciudad blanca, pero su blancura daña, produce miedos, violencia, imaginarios terribles. Como Zobeida, ciudad “expuesta a la luna” que surgió del sueño de muchos hombres que vieron una mujer desnuda de larga cabellera que corría en la noche. Los hombres la siguieron, pero la perdieron y nunca la encontraron. Las ciudades blancas contemporáneas han construido un sueño común, persiguiendo enfebrecidas ilusiones hermosas y terribles. Muchos han querido replicar el sueño en la ciudad, recrearlo, objetivarlo. En esa búsqueda infructuosa se han perdido a sí mismos y han cedido espacios de libertad, hasta quedar atrapados entre muros, sistemas de seguridad, violencia, miedo, corrupción, impunidad y muerte, mucha muerte. Es la marca de Zobeida, “donde los recién llegados no entendían qué era lo que atraía a esa gente... a esa ciudad fea, a esa trampa”. No se sabe por qué la gente es atraída por esa ilusión que deviene pesadilla, pero el sueño blanco sigue arrastrando a las trampas donde crece la violencia y, con ella, perdemos nuestras ciudades, nos perdemos a nosotros mismos.

En Tijuana-Marozia “todos corren por galerías de plomo”; es ciudad de miedo, de temor acrisolado, de huidas desesperadas, de retenes, bloqueos y fuego cruzado. Las galerías de plomo de Tijuana-Marozia son construcciones mortuorias súbitas que emergen de rifles, pistolas, metralletas, bazucas y granadas. Junto



a Marozia se encuentra Tijuana-Andria, ciudad construida con arte, pues lo que ocurre y marca la ciudad se refleja en el cielo.

Tijuana es ciudad de sombras y ensueños. Algunos racistas y supremacistas cazadores de sueños sólo reconocen sombras o figuras espectrales, no perciben a trabajadores y trabajadoras que cruzan la frontera. Pero los signos refieren a cosas diferentes de ellos mismos. Los signos convocan la atención para transferirla, como las huellas refieren al paso, al andar de alguien que fue ahí; el signo atrae y recrea la mirada. Los signos pueblan, habitan y dan sentido a las ciudades. Tijuana-Tamara, la ciudad de signos y ensueños, es parte de nuestras ciudades. Tamara habita en los monumentos, en los mojones que demarcan fronteras sociales o territoriales, en las huellas simbólicas de distinción, en las demarcaciones que señalan adscripciones identitarias, en las casas y propiedades que conllevan estatus, en los vestuarios clasificatorios. Tamara como conjunto de “figuras de cosas que significan otras cosas” es parte importante de los sentidos incorporados a la ciudad.

Tijuana permanece renovándose. Como Zirna, que repite signos para que la ciudad exista. Las ciudades se reinventan día a día, pero poseen redundancias, regularidades, rutinas familiares, se hacen tatuaje, se impregnan en los hábitos, en la piel y en la conciencia. Se vuelven necesarias como el parque que frecuentamos, el ruido nocturno del mar, las calles imprescindibles que transitamos, los rostros y cuerpos que habitamos, que también conforman la arquitectura, el estilo, la estética de las ciudades.

Las ciudades confrontan nuestras cartografías imaginarias y las ciudades que soñamos. Esta condición adquiere sentido cuando se contrasta con las ciudades reales, como ocurre en Zoe, donde “cada hombre lleva en su mente una ciudad hecha sólo de diferencias, una ciudad sin figuras y sin forma y las ciudades particulares las rellenan”. Tijuana-Zoe se construye en la relación armoniosa

o conflictiva entre muchas Tijuanas vividas e imaginadas. Se conforma con pedacitos de patria que viajan en los recuerdos de los inmigrantes que la habitan, pero también se forma con experiencias de quienes ahí nacieron. Tijuana es ciudad imaginada y soñada, argamasa de recuerdos y proyectos de quienes construyen sus sentidos y disputan sus significados.

Permanece la imperiosa necesidad de confrontar las ciudades vividas con las ciudades imaginadas. Las ciudades conllevan las dos fases de Wittgenstein, como Ipazia, ciudad de vocación inmanentista, donde las palabras refieren a cosas y no al lenguaje o a las palabras. Ipazia expresa la preeminencia de las cosas sobre las palabras y conmina a no confundir las ciudades con las palabras que las nombran, pues “no hay lenguaje sin engaño”. Por el contrario, en Olivia la mentira se encuentra en las cosas y no en las palabras. Olivia emula los juegos de lenguaje de la segunda fase de Wittgenstein. Tijuana contiene a Olivia y a Ipazia, la formamos y definimos al nombrarla, pero ella nos forma y define al habitarla.

Las ciudades son mucho más de lo que se muestra a los sentidos. Tijuana supera lo que en ella vemos. En Tijuana-Isaura un paisaje invisible condiciona al que se ofrece a la mirada. En ocasiones, los paisajes invisibles dejan de serlo para mostrarse y, al hacerlo, advierten, conminan a redefinir rumbos, a corregir errores. Estos mensajes pueden permanecer mucho tiempo ante nosotros, pero como no acostumbramos atenderlos ya no advertimos su presencia y los paisajes revelados fallecen. Los paisajes invisibles, cuando dejan de serlo, requieren atención, de lo contrario colapsan y, al morir, se convierten en ballenas o delfines que encallan y mueren en las playas, en enfermedades misteriosas e incurables, en despojos radioactivos y materiales contaminantes o en extraños comportamientos de racismo, machismo y xenofobia. Por ello Tijuana-Isaura prefiere mantenerse invisible, esperando que maduremos para que, tal vez, algún día, podamos verla y

logremos evitar el desastre; de lo contrario seremos sólo ramas secas y ateridas del pasado, pues, como afirma Italo Calvino, “los futuros no realizados son sólo ramas del pasado: ramas secas”.

La condición contradictoria de las ciudades conlleva cualidades morianas, como ciudades dicotómicas, facetas, con caras contrapuestas: luz y sombra, limpieza y suciedad, riqueza y miseria, anverso y reverso. Sin embargo, aunque estos elementos no pueden despejarse ni mirarse, como en Moriana, son parte de una misma realidad complementaria que se manifiesta en la arquitectura y en la conformación de los espacios.

En Tijuana existen historias invisibles que se definen día a día en las colonias populares, donde la gente recurre al ingenio para construir casas en cerros de inclinadas pendientes. Pareciera que las casas se superponen, se acomodan una sobre otra, como en Zenobia, situada sobre pilotes de diferentes tamaños donde se asientan las casas y se establece la lucha cotidiana entre ciudad y deseo y sólo uno podrá sobrevivir, el otro será borrado. En Tijuana, los cerros sustituyen los pilotes; por ello, las casas se encaraman en la accidentada topografía utilizando llantas de automóvil para evitar los deslaves. Las colonias populares de Tijuana encierran muchas ciudades. Existen réplicas de Armilla, ciudad demediada, inacabada, incompleta, carente de paredes, techo y pavimento. Tijuana-Armilla se encuentra en zonas precarias y hasta ahí se escucha el canto de náyades y ninfas. En muchas ocasiones sus moradores se ven obligados a dormir a la intemperie cobijados por el cielo y, entonces, despiertan empapados de sereno.

En las colonias populares tijuanenses el ingenio es recurso de supervivencia. Ahí se encuentra Octavia, ciudad telaraña sostenida sobre un precipicio delimitado por montañas. Octavia está suspendida mediante una red de cuerdas, cadenas y pasarelas. Octavia es una ciudad colgante que desafía la gravedad, como en algunas colonias populares de Tijuana, donde, inexplicablemente,

las casas se sostienen, aunque algunos colonos afirman que en cierto momento de la tarde, justo antes de que anochezca, observan en lo alto reflejos de finas redes octavianas que sostienen las casas.

En Tijuana existen espacios habitados por personas que poco voltean a los sitios donde viven los pobres. Son espacios amurallados contruidos sobre planos muy altos, tan altos que quienes los habitan no alcanzan a ver lo que ocurre en las colonias populares, ni desde éstas se logra mirar los sitios residenciales, amurallados e inaccesibles desde los cuales “los de arriba contemplan fascinados su propia ausencia”. En ellos habitan descendientes de Baucis, ciudad conformada sobre zancos tan altos que los transeúntes no se percatan de su existencia, no alcanzan a verla, pues los zancos son más altos que las nubes.

En Tijuana, la gente de Baucis permanece inaccesible; sus casas se encuentran protegidas por enormes bardas y poco se les ve en la ciudad, aunque en ocasiones bajan, pero no a Tijuana sino a San Diego, donde tienen residencia. En San Diego estudian niños y jóvenes de Baucis. Ahí disponen de selectos *shopping centers*, donde obtienen lo que necesitan. Aunque los residentes originales de Baucis odian la tierra, sus descendientes tijuanaenses no odian Tijuana, pero como viven tan alto no han podido conocerla, ni siquiera han querido mirarla.

Tijuana, ciudad de contrastes, se confunde con Sofronia, compuesta de dos medias ciudades. Una de ellas es fija, permanente, mientras que la otra es móvil, provisional, desmontable, como un caprichoso juego de ensamble, como ciudad maquiladora con empresas que desaparecen a conveniencia, se mudan a otros lugares dejando frustración y desamparo. La primera parte de Sofronia es una ciudad lúdica, circense, divertida. Una Disneylandia disponible para ricos. La otra mitad es ciudad de trabajo, de sacrificio, de penuria. En ocasiones la ciudad móvil de Tijuana-Sofronia

se desmonta, trasladándose a otros lares. La Tijuana móvil es la maquila, la migración, los capitales financieros (siempre buscando sitios con mayor rentabilidad). La ciudad móvil desampara a las personas, quienes tratan de trasladar la ciudad mediante contrabando hormiga, moviéndola poco a poco en migraciones y desplazamientos. Algunas ciudades se han despoblado, dejando espacios vacíos, molachos, sin nadie que las nombre o las reanime al recordarlas.

Tijuana-Eufemia se encuentra habitada por mercaderes que comercian productos legales e ilegales. El comercio interno e internacional ha sido importante, pero también posee escritores y contadores de historias. El trasiego de palabras se volvió necesario para narradores que quieren nombrar, contar y recrear las cosas que ocurren. La expansión de todo tipo de mercados creó un enorme intercambio de significados. Por ello la palabra dicha siempre debe negociarse y, en ocasiones, regatear sus sentidos con otras palabras que se nombran, pues al hacerlo se redefinen los sentidos de la ciudad, de la palabra y de la vida. Tijuana-Eufemia no es sólo un mercado de palabras y recuerdos; ahí se reúnen mercaderes y fayuqueros que dan vida a tianguis, sobre ruedas, centros comerciales y ventas de garaje.

Las ciudades producen desencuentros, incomunicación, soledad, como ocurre en Cloe, movida por una vibración lujuriosa; ahí las personas que transitan por las calles no se conocen ni se saludan. Por el contrario, se evaden, se insultan y, en ocasiones, se agreden. Tijuana-Cloe despersonaliza la vida urbana, amplía vacíos y soledades. Este espacio ha crecido tanto que algunos mudaron a La Red, ciudad cibernética, donde piensan suplir los vacíos de Cloe. Se dice que muchos habitantes de Cloe migraron a Tijuana, incrementando los desencuentros, la violencia, los miedos, los levantones, las ejecuciones y los secuestros. En Tijuana-Cloe crece la incomunicación y se colapsa el eje de la

ciudad antigua: la habitabilidad, la convivencia, elemental sentido del vivir juntos.

El desarrollo de los medios masivos de comunicación y de transporte, así como las intensas migraciones y desplazamientos, produce superposición de experiencias. Por ello las ciudades se parecen a Eutropia, ciudad que es todas las ciudades de manera simultánea, con experiencias intercambiables. En Eutropia la gente habita una ciudad y después se traslada a otra y a otra, y en cada una posee vida nueva, nuevos afectos, nuevos trabajos. Tijuana-Eutropia está conformada por migrantes de todo el país cuyas redes sociales los mantienen unidos a sus lugares de origen.

Las ciudades trazan cartografías emocionales y afectivas. Las relaciones sociales objetivan sus rastros. En Ersilia las relaciones se representan por hilos que tejen la densidad de las relaciones humanas, hasta que se vuelven tan cargados, densos y agobiantes que las ciudades se vuelven inhabitables, invivibles. El tejido social y afectivo atrofia la convivencia y la gente debe marcharse; el desplazamiento es su única opción disponible.

La ciudad mantiene la capacidad de sorprendernos, pero debemos estar alertas si queremos atraparla en sus descuidos. Frecuentemente nos acostumbramos a sus paisajes, dejamos de admirarla y, aún más, dejamos de mirarla. No vemos más la ciudad, sólo observamos nuestra propia imagen reflejada en ella, su condición espejo, su dimensión especular. Todas las ciudades surgieron de Fíldes, la ciudad que se evade sustrayéndose a la mirada, y no es posible mirarla a menos que se le sorprenda distraída. Cuando se le observa por largo tiempo, “la ciudad se destiñe ante los ojos”. Esto les ocurre a las ciudades cuando nos acostumbramos a ellas y dejamos de verlas. Extraviamos o ignoramos su belleza y sus problemas. No percibimos indigentes ni dragones tirafuego ni malabaristas de semáforo ni vendedores informales ni pobres ni injusticias ni corrupción; tampoco su belleza. Por ello

conviene engañar a la ciudad, practicar simulaciones que permitan sorprenderla en su complejidad, evitando que se desdibuje, que se destiña, que se desvanezca ante nuestra mirada; sólo así podremos romper su condición evanescente heredada de Fíledes.

Tijuana es ciudad de muchos nombres, de variados detractores y falsos redentores. Como en Leandra, la ciudad protegida por dioses tan pequeños que no se pueden ver y tan numerosos que no se pueden contar, los pseudodioses tijuanaenses se multiplican, ofreciendo sermones y blindajes moralistas antes que interpretaciones informadas; descalificaciones o apologías elementales antes que interlocuciones críticas; juegos pirotécnicos antes que categorías heurísticas.

Tijuana-Clarisa vivió muchos ciclos de auge y decadencia, pero nunca dejó de imitarse a sí misma para reconstruirse, reciclarse, transmutarse, como Irene, ciudad que posee una apariencia de lejos y cambia cuando uno se acerca: es una para el que pasa sin entrar y otra para el que está preso en ella y no sale; una es la ciudad a la que se llega, otra la que se deja para no volver. Así es Tijuana, ciudad atravesada por estereotipos y vituperios. Leyenda negra y casa de toda la gente, Tijuana-Irene es una para el que pasa sin entrar y sólo juzga de lejos y otra para quien se acerca, la recorre, la habita, se sumerge en sus rutinas azarosas, intensas y entrañables.

Tijuana-Melania mantiene continuidades; por ello, cuando la gente regresa tras larga ausencia, encuentra los mismos diálogos, pero con otros actores. Sin embargo, a pesar de la aparente continuidad, algunos discursos cambian y se producen rupturas, desencuentros, nuevos intercambios. En Tijuana las identificaciones se generan mediante interreconocimientos. En ocasiones estos procesos incorporan senderos extraños, como en Adelma, ciudad donde la gente se reencuentra con sus muertos, se reconoce en ellos, redescubre su condición inanimada en el reflejo

vacío de los otros que la miran. Vida y muerte son parte de un mismo proceso que tiene en la ciudad su ámbito de encuentro. En Eusapia se goza de la vida. La ciudad posee una ciudad *don* que se encuentra bajo tierra, donde los habitantes de Eusapia llevan a sus muertos. Pero los muertos también inciden en Eusapia, pues la construyen. Ambas ciudades se confunden, conforman un mismo espacio, como ciudades gemelas conurbadas y sin fronteras, donde habitan vivos y muertos sin que haya forma de diferenciarlos.

Tijuana reúne a las tres Bersabeas. La celeste, “donde flotan las virtudes y los sentimientos más elevados”, la terrena y la subterránea, “receptáculo de todo lo que la Bersabea terrena tiene por despreciable e indigno”. Entre las recreaciones épicas y denigrantes de Tijuana-Bersabea se encuentra su condición policromática, plagada de claroscuros, virtudes y defectos, nobleza y vituperio, lo sublime y lo procaz. En realidad, poco de lo que ocurre en Tijuana se ubica en los polos axiológicos que la acotan. La vida tijuanense es terrena, como en todas las ciudades del planeta.

Tijuana, siempre inacabada, parece obra en construcción, como Tecla, la ciudad demediada que nunca se termina de construir para que no se empiece a destruir. Sin embargo, la condición inconclusa de la ciudad no evita la destrucción, pues no inicia con la noche, comienza en el proceso mismo de su construcción, como el persistente trabajo de la muerte que incoa su labor con el albor natal. La vida nos asusta como las ciudades, especialmente cuando nos topamos con Perinzia, ciudad formada por monstruos que habitan escenarios reales e imaginarios. Perinzia evidencia la soberbia humana que erró el camino buscando armonía y perfección. La deformidad de sus habitantes muestra el error de la ciencia y el orden monstruoso de los dioses.

En Maurilia se invita al viajero a visitar la ciudad y al mismo tiempo a observar viejas tarjetas postales que la representan. Las postales tijuanenses evocan, nostálgicas o triunfantes, la



Tijuana que fue pero ya no es. Es la ciudad-postal que subyace al palimpsesto de su historia. Las múltiples ciudades tijuanaenses se suceden como secuencia inagotable de *matrioskas* infieles a sí mismas que habitan un mismo suelo pero no comparten memoria ni se reconocen como alteridades entrañables, a pesar de que se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre. En Tijuana-Maurilia, como en muchas ciudades del mundo, los dioses que habitan bajo esos nombres y en esos lugares se han marchado sin decir nada y en su sitio han anidado dioses extranjeros.

Tijuana-Aglaura vive cautiva en sus representaciones. Sus calles y callejones se encuentran saturadas de hipóstasis, sinécdoques, metonimias; figuras retóricas que la simplifican para que desde afuera sólo perciban el estereotipo que niega la vida tijuanaense. En Tijuana-Aglaura destaca más la ciudad de la que se habla que la existente; por eso prevalece la leyenda negra y poco caso se hace a la vida cotidiana. Pero Tijuana, a diferencia de Aglaura, no está desteñida, pues posee una imagen sólida y compacta a pesar de que, como Lagagle, ha crecido con el privilegio de la ligereza, manteniendo altas tasas de crecimiento social y desplazamientos poblacionales que definieron su crecimiento.

Como Kublai, Tijuana es una ciudad hecha sólo de excepciones, exclusiones, contradicciones, incongruencias y contrasentidos, y es demasiado verosímil para ser verdadera. La excepcionalidad fronteriza marcó la vida de Tijuana, ciudad que apenas en la segunda década del siglo pasado se comunicó por tierra con el resto del país. En Tijuana la economía se encontraba articulada a San Diego, y sólo en las últimas décadas se integró de manera amplia al ritmo y latido nacional. Ciudad de contradicciones, Tijuana-Kublai es ciudad de contrastes, claroscuros y desigualdades.

Tijuana-Esmeraldina extravió el rumbo, olvidó sus retículas superpuestas de calles y canales. No obstante, las lluvias arrastran atisbos del trazo original donde calles y canales se solapan y las

aguas inundan caminos asfaltados, recuperando surcos antiguos que reclaman sus espacios. En Tijuana las lluvias recrean parcialmente el trazo de Esmeraldina, al mismo tiempo que desnudan la corrupción asfaltada.

Como en Pirra, ciudad que sufre porque el mar no se ve desde la ciudad, en Tijuana la gente vivió de espaldas al mar, lo fue borrando hasta que, un día cualquiera, dejó de verlo. La llegada de personas con nuevas perspectivas liberó al mar de su extraño letargo y condición subrepticia, integrándolo a la vida cotidiana. Ahora, gracias a los migrantes que llegaron a esta tierra, el mar se evoca desde cualquier sitio de Tijuana, especialmente desde Argia, ciudad que en lugar de aire tiene tierra. Argia se encuentra en muchos sitios tijuanenses, en colonias abandonadas de la política urbana, carentes de servicios, desforestados y sin pavimento. En Tijuana-Argia, la tierra y el polvo flotan persistentes; son sitios donde el aire es desplazado por terregales y los habitantes, cansados del desaire, se han acostumbrado a respirar el polvo.

Trude es la ciudad global, pues se encuentra en todas partes: no empieza ni termina, sólo cambia el nombre del aeropuerto; por ello, Trude es la ciudad del mundo hotelizado, la metrópoli global, el no-lugar propalado con la globalización. Existen miles de Trudes iguales que cobijan a seres que comparten estilos de vida; son Trudes que frecuentemente ocultan sus nombres tras marcas, líneas hoteleras, *shopping centers*. Tijuana-Trude crece y cobra conspicua presencia en las torres y edificios policromáticos, inaccesibilidad para la mayoría de los tijuanenses.

Olivia tiene el tamaño de la cabeza de un alfiler, pero crece hasta convertirse en ciudad. En Tijuana encontró el sitio ideal para alojarse, creció a partir de miles de Olivias, que de la noche a la mañana aparecieron en lotes baldíos y formaron microsociedades. Las Olivias aparecen una tras otra, se desarrollan de manera impresionante e imprevisible, hasta formar enormes colonias,

periferias masificadas que adquieren centralidad en la vida de la ciudad, de tal forma que Olivia se confunde con Procopia, ciudad de muchedumbre, depredación y hacinamiento. Procopia crece hasta asfixiar las ciudades; parasita y se alimenta de ellas hasta consumirlas. En muchos espacios tijuanaenses, Procopia crece de forma tan desmesurada que resulta difícil identificar lo que permanece de Tijuana. De hecho, la expansión devastadora de Procopia ha avasallado a Laudomia, ciudad de muertos y no nacidos. Tijuana-Procopia se expande y apropia hasta de cementerios sobre los cuales se erigen interminables fraccionamientos que esconden otras ciudades, incluso a Cecilia, ciudad que está en todas partes, pues los lugares se han mezclado. La dimensión híbrida de Cecilia no oculta su condición ilustre, por ello contrasta y se distingue de la plana opacidad de Procopia; lo mismo hace Andria, ciudad construida con arte por los convencidos de que haciendo una ciudad más bella se construyen mundos mejores y mejores cielos.

Pentesilea está aquí y allá, en este y el otro lado. A Pentesilea unos llegan a trabajar, otros regresan a dormir y no se sabe si existe *un afuera*. Tijuana-Pentesilea es la ciudad de los mundos transfronterizos, de los *commuters* que diario cruzan la frontera para trabajar del otro lado y regresan a dormir. También es la ciudad de quienes estudian del otro lado y de muchos otros que reproducen la interminable rutina cotidiana de cruzar la frontera para cubrir sus ansias de consumo, o sin propósito alguno, sin poder ubicar en qué lado se encuentran, pues dominan ambos códigos culturales y no saben si están aquí, allá o en ambos lados. Extraviados en su cotidiano ir y venir, no pueden distinguir el adentro ni el afuera.

Teodora tiene una historia heroica y doliente. A pesar de que sufrió muchas invasiones, siempre logró echar a los invasores, incluyendo esfinges, grifos, quimeras, dragones, hircocervos, arpías, hidras, unicornios, basiliscos. Aunque Tijuana-Teodora ha vivido invasiones protagonizadas por filibusteros, políticos, tecnócratas,

narcos, mangueras y otros especímenes, no peligra por el acecho de la fauna que habita en los libros, sino por ojos imperiales que acechan voraces desde satélites sofisticados, drones que la sobrevuelan y miles de armas que día a día cruzan desde el norte.

Tijuana, como Berenice, se desdobra en una condición esquizofrénica que simbióticamente cobija justicia e injusticia, condición que envuelve la vida cotidiana y la institucionalidad tijuana. En la Tijuana injusta se encuentra Raísa, ciudad triste, infeliz, dolorida, crispada, con mucho agravio contenido, donde pese a todo los niños sonrían.

Las ciudades invisibles que habitan en Tijuana devienen dudas y certezas. Las personas son las ciudades y al vivirlas las cargan de sentido, de emociones, de vibraciones. Las ciudades expresan los sentidos y sentires de su gente, su generosidad y sus mezquindades. Aunque no lo sepamos, todas las ciudades contienen el síndrome de Zemrude, la ciudad que adquiere la forma del humor de quien la mira, por ello existen tantas y tan distintas formas de describir a Tijuana y muchos pelean tratando de hacer su descripción verdadera sin percatarse de que Tijuana produce el efecto Zemrude y se define por todas las miradas que en ella se han fijado. La comprensión de las ciudades requiere un esfuerzo interpretativo. Esto es así desde que desapareció Eudoxia, la ciudad que tenía un tapiz donde se observaba la verdadera forma de la ciudad, obligando a preguntar si el mapa es reflejo de la ciudad o viceversa. Desde entonces las formas de las ciudades cambian y los tapices sólo logran recreaciones fragmentadas de las ciudades que somos.

Al final contamos con modelos para armar que exigen definiciones. Pensar las ciudades lleva el cuestionamiento inevitable acerca de la ciudad que deseamos habitar y la convivencia que queremos construir. Pensar nuestras ciudades implica apostar por el mundo en el que queremos vivir, el evo que emerge de relatos, desiderata, recuerdos, *praxis*, deseos y sueños; “sueños que nacen del corazón”.

BIBLIOGRAFÍA

- LEFEBVRE, Henri (1991). *The Production of Space*. Cambridge, MA: Blackwell.
- PIÑERA, David, y Ma. Isabel Verdugo de Juárez (1987). “Efectos de la ley seca en la franja fronteriza, 1920-1933”. En *Visión histórica de la frontera norte de México*, coordinado por David Piñera, 155-162. Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- PRATT, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (1998). *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo*. México: Universidad Iberoamericana.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (2012). *Entre el spray y la pared* (video), dirección y edición Pável Valenzuela Arámburo. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte/Atmósfera Audiovisual.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (2012). *Sed de mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Autónoma de Nuevo León.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (2012). *Welcome amigos to Tijuana. Grafiti en la frontera*. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel (2013). *Tijuanas invisibles. De sueños, miedos y deseos*. Tijuana, México. El Colegio de la Frontera Norte.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel, coord. (2014). *Transfronteras. Fronteras del mundo y procesos culturales*. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte.